

# Postmodernismo y presión mediática en un mundo adolescente

JOSÉ JESÚS TRUJILLO VARGAS  
Asociación de Mujeres para la Formación y el Desarrollo (AMFORMAD),  
Junta de Comunidades de Castilla la Mancha (España)

---

Artículo recibido: 06/07/11; evaluado: 14/02/12 - 17/02/12; aceptado: 15/03/12

## 1. Introducción

Actualmente, el joven preadulto, como adolescente social (Moral y Ovejero, 1998, 1999) está atravesando una crisis de adolescencia, cuya etiología no descansa, únicamente, en una revolución tormentosa interior, a modo roussoniano, sino en la propia raigambre multidimensional de sus conflictos. Individualizar, e incluso patologizar, los problemas de los postadolescentes representa un ejercicio mediante el que, al desvincular cada caso de sus multideterminaciones, se reduce de forma intencional la responsabilidad de otras agencias y poderes implicados a nivel social, familiar, académico, mediático e institucional, como consecuencia del intento de personalizar un conflicto heterocondicionado (Moral y Ovejero, 2004).

El tránsito de la adolescencia hacia la vida adulta, tan marcadamente establecido en la sociedad patriarcal, se ha relativizado hacia un camino de "tránsito eterno" hacia no se sabe bien dónde.

El calificativo de adolescente aplicado a la sociedad actual se podría emplear para denotar la ambivalencia, la sucesión de cambios, las contradicciones, el debilitamiento de valores tradicionales, su exasperación ante las tomas de decisiones que ha de adoptar, las tensiones y turbulencias, su egocentrismo, el hedonismo, la inmediatez, la renovación, la búsqueda y redefinición de identidad o, finalmente, el estado de permanente tránsito hacia no se sabe muy bien qué. (Moral y Ovejero, 2004).

## 2. Los jóvenes ante el postmodernismo y la presión mediática

Los posmodernistas rechazan la idea de progreso porque están trastornados por las grandes narraciones. Ellos suponen que creer en el progreso debe acarrear que la historia en su conjunto ha estado siempre en progreso constante desde el principio, una perspectiva que, por supuesto, ellos desestiman por considerarla una ilusión. Si estuvieran menos arrebatados por las grandes narraciones podrían seguir sus propias intuiciones, adoptar una actitud más pragmática ante el progreso y llegar a la correcta aunque aburrida conclusión de que la historia de la humanidad ha mejorado en algunos aspectos mientras que en otros se ha deteriorado. El marxismo trata de que este estereotipo gastado resulte menos banal señalando, con más imaginación, que el progreso y el deterioro son aspectos estrechamente relacionados de una misma narración. Las condiciones que contribuyen a la emancipación también contribuyen a la dominación (Eagleton, 2005).

La postmodernidad hace referencia a una serie de planteamientos ideológicos que centran su atención en el cuestionamiento del proyecto de la modernidad. En sus perspectivas más pesimistas estos planteamientos sostienen que la modernidad no es un proyecto viable, en tanto que los enfoques más

**Revista Iberoamericana de Educación / Revista Ibero-americana de Educação**

**ISSN: 1681-5653**

n.º 58/4 – 15/04/12

Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI-CAEU)

*Organização dos Estados Ibero-americanos para a Educação, a Ciência e a Cultura (OEI-CAEU)*



optimistas consideran que en la actualidad se gesta un proceso de reactivación de la modernidad. Se caracteriza, también, por señalar el desvanecimiento de las certezas ideológicas, históricas, políticas y científicas, por lo que promueve la tolerancia, el respeto a los diversos modos de vida y rechaza las posturas absolutas.

En la cultura occidental, que básicamente se caracteriza por la coexistencia del capitalismo, la industrialización y la democracia, la posmodernidad sustenta, en el fondo, la muerte de las ideologías – sobre todo las progresistas, las utopías– apelando a un pragmatismo sin precedentes, que cabalga sobre la impotencia explicativa de la razón, la orfandad de valores espirituales, la actividad política vaciada de concepciones idealistas y alejada de las reales necesidades de la gente, destacando más la imagen que la plataforma de propuestas; las falencias de la justicia que inventa cargos y persigue inocentes desvalidos mientras hace la vista gorda ante los corruptos culpables pero poderosos, todo apuntando a instalar un nuevo paradigma: el consumo hedonista, el puro placer mercantilista para unos pocos, mientras que para la gran mayoría restante solo queda la exclusión y marginación que van de la mano de la desocupación, los ínfimos salarios, la desprotección social, sanitaria, de educación y seguridad.

Asistimos entonces a una gran crisis de credibilidad de todo el sistema, que también abarca en su mayor parte a la adolescencia, un grupo social intrínsecamente idealista. Y este escepticismo deriva en una ética sin valores, donde “todo vale”, todo está permitido, nada es bueno ni malo, nada es absoluto, todo es relativo y depende del criterio de cada uno. Hay un libertinaje moral, rige el dejar hacer, dejar pasar (como dice el tango: dale que va, si allá en el horno nos vamos a encontrar...).

Esto ha creado una obsesión enfermiza: huir de los límites sanos, de los verdaderos valores y tareas de la vida, de la responsabilidad personal y social. Pero no fue gratuitamente, sino a costa de una gran angustia, desesperación y abrumadora sensación de vacío que llevó al auge e incremento de la tríada neurótica de nuestro tiempo posmoderno: la violencia-agresión, la depresión-suicidio, y las adicciones (drogas, alcohol, sexo promiscuo, dinero fácil, juegos de azar, videojuegos, etc).

El hombre está encerrado en si mismo, cada uno conectado en su casa al gran chupete televisivo o la computadora; cada uno inventando sus propios códigos de conducta y valores, sin asumir responsabilidad personal en la construcción del bien común.

Se nos propone una *adolescentización* banal de la sociedad. Estamos sometidos a un permanente bombardeo de pautas y consignas inspiradas, para colmo, en aquellos aspectos parciales de la adolescencia más conflictivos y negativos: la irresponsabilidad, la fugacidad y superficialidad del compromiso, la indiscriminación, el consumismo irrefrenable y compulsivo.

Si la modernidad es una época cuestionable en cuanto a la consecución de los derechos humanos a nivel global y al fomento de la igualdad de oportunidades a nivel particular, convendría caer en la cuenta de que la relativización de todos los principios y posicionamientos ideológicos debe conducir a una revalorización de los valores que de alguna manera han ido produciendo avances a nivel psicosocial en la sociedad, ya que si el tránsito hacia una “nueva organización mundial” no es rebatida y más o menos diseñada por todos de manera crítica, se corre el riesgo de caer en los mismos errores que hasta ahora hemos ido cometiendo.

Pareciera que el postmodernismo, fundamentado epistemológicamente a través de diversas corrientes sociolingüístico-filosóficas, esta siendo utilizado como estrategia de *marketing*, a través del mensaje de que caminamos hacia algo mejor, por aquellas multinacionales que gobiernan los mercados mundiales y dirimen y organizan los modelos productivos.

En un mundo en donde el acceso a un trabajo remunerado se presenta muy complicado, en donde la formación ya no es garantía de inserción laboral, en donde el ocio queda monopolizado por los *mass media*, especialmente Internet, televisión y videojuegos, resulta complicado que la juventud, especialmente los adolescentes, no se vea impregnada de una serie de hábitos sociales que casan muy poco con la iniciativa propia, la utilización crítica y activa de los diferentes recursos tanto a nivel formativo como de ocio que existen, la tolerancia y la solidaridad con aquellos a los que se considera diferentes.

Vivimos en unas condiciones en las que se asiste al debilitamiento de los sistemas referenciales y donde se ponen en cuestión ciertas verdades asumidas como tales, en donde se diluye y reconstituye cada vez en más instancias legitimadas (familia, escuela, grupos de pertenencia y referencia, medios de comunicación, etc.) el poder socializador/normalizador y en las que se siguen necesitando certidumbres y apoyos en un sistema y entorno referencial en aparente agudización de sus crisis. Se impone un proceso de socialización prolongada de estos jóvenes, eternos aspirantes a la condición plena de adulto, al salvar el escollo de la válida inserción. Parejo a ello se prolonga el período de formación y escolarización, el cual ha dejado de ser una garantía de futuro desempeño laboral (Moral y Ovejero, 2004).

Todos los atenuantes del sistema en el que estamos sumidos, llevan consigo un componente de duda, miedo y a veces desazón, en aquellos adultos que han conocido otro prototipo familiar y, con sus matices, social, en donde el "camino" hacia la inserción comunitaria y social poseía unas "directrices" más o menos orientativas. Mucho más crudo resulta para el menor adolescente, que no solamente tiene que adaptarse a todos los cambios fisiológicos y psicológicos, sino que además tiene que saber ubicarse dentro de un mundo en el que día a día se esperan cosas distintas de ellos, siendo estas, a veces, contradictorias o excluyentes. Y evidentemente, observar a un padre o a una madre que vive por y para trabajar en aras de sufragar hipotecas, pagos, facturas..., no le sirve de ayuda para decidirse a tomar la decisión de "convertirse" en mayor, ya que si ser mayor significa todo eso, resulta mucho más práctico seguir siendo menor y aprovecharse de aquellos productos que el mercado ha creado para que dediquen su ocio a replantearse otro tipo de dilemas más superficiales y de menor responsabilidad.

El joven contemporáneo no emigra hacia la condición de adulto en el tiempo en que la naturaleza social parecía dictar como conveniente, sino que permanece en un tiempo de conflictos y en una tierra de nadie. O bien se angustia ante esta necesidad de ubicación que se va dilatando, o bien se adapta haciendo uso de mecanismos distractores creados al efecto por la misma sociedad que le obstaculiza su inserción, e incluso puede aprovecharse de su situación de espera (Moral y Ovejero, 2004).

Todo esto está trayendo consigo que la capacidad de realizar diferentes actividades provechosas y enriquecedoras en los ratos de ocio del adolescente quede mermada, y si antes el ocio de los mismos era copado por los deportes, los juegos tradicionales, la lectura, la música, el teatro..., hoy día eso queda reducido a una serie de actividades mediatizadas y propulsadas por el mundo globalizado en el que vivimos.

Un "gran hermano" industrial vigila al adolescente de hoy marcándole las pautas a cada paso. No le vigila mirándole sino obligándole a reproducir, sin descanso, sus modelos. Es pues éste, un problema a

nivel social y no de un solo grupo de personas que viven en tránsito hacia una etapa más adulta. De lo que se trataría, entonces, es de evaluar en qué medida los adolescentes de hoy han perdido de vista la realidad en manos del capitalismo global, que lo impregna todo. Adolescentes que están perdiendo cada vez más la capacidad de apuntar a ideales liberadores, críticos, humanitarios...que son incapaces de reflexionar en función de objetivos diferidos, de degustar el silencio, de reivindicar su cultura, sus raíces, de construir una identidad madura, que les ayude a saber quiénes son y dónde van (Borafull, 2003).

### 3. Postmodernismo y “menores catalogados”

Para dar una respuesta ante el auge de conductas que algunos menores emiten, de mayor o menor riesgo, sobre la salud mental a nivel social, un sector de la comunidad científica se encarga de hacernos ver una serie de patologías en estos, que, de alguna manera, no tienen nada que ver, según ellos, con el momento sociohistórico en el que nos desenvolvemos. Sirviéndose incluso de manuales psiquiátricos, muy bien aceptados a todos los niveles, para legitimar su postura.

La comunidad psiquiátrica con el DSM-IV<sup>1</sup> y el CIE-10<sup>2</sup> como estandartes realizan una categorización sobre los trastornos del comportamiento en los menores, clasificándolos en: trastornos disociales, trastornos de hiperactividad y déficit de atención (TDAH) y trastornos opositoristas/desafiantes.

Los trastornos disociales se caracterizan por una forma persistente y reiterada de comportamiento disocial, agresivo o retador. En sus grados más extremos puede llegar a violaciones de las normas, mayores de las que serían aceptables para el carácter y la edad del individuo afectado y las características de la sociedad en la que vive. Se trata, por tanto, de desviaciones más graves que la simple “maldad” infantil o rebeldía adolescente<sup>3</sup>.

Los trastornos disociales, según consenso científico psiquiátrico, suelen estar relacionados con un ambiente psicosocial desfavorable, entre ellos: relaciones familiares no satisfactorias y fracaso escolar, y se presenta con más frecuencia en chicos.

Así pues, para el diagnóstico de estos menores, se debe tener en cuenta el nivel del desarrollo. Las formas de comportamiento en las que se basa el diagnóstico pueden ser de varios tipos: grados excesivos de peleas o intimidaciones, crueldad hacia las personas o animales, destrucción grave de pertenencias ajenas, incendio, robo, mentiras reiteradas, faltas a la escuela y fugas del hogar, rabietas frecuentes y graves, provocaciones, desafíos y desobediencia graves y persistentes.

Por su parte para el diagnóstico del TDAH se requiere de la presencia en el menor tanto de déficit de atención, el cual se pone de manifiesto por una interrupción prematura de la ejecución de tareas y por dejar actividades sin terminar, como de hiperactividad, la cual implica una inquietud excesiva, en especial en situaciones que requieren una relativa calma.

---

<sup>1</sup> Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales.

<sup>2</sup> Clasificación estadística internacional de enfermedades y otros problemas de salud.

<sup>3</sup> Recogido de la CIE-10 en Parellada, M. J. (2004): “Trastornos del comportamiento: una perspectiva psiquiátrica” en AAVV(2004): Trastornos del comportamiento en niños y adolescentes. Madrid: Fundación MAFRE Medicina.

En 1987, la Asociación Norteamericana de Psiquiatría decidió admitir el trastorno de falta de atención con hiperactividad (TFAH) como enfermedad mental, ese mismo año se diagnosticó a medio millón de escolares estadounidenses y a más de cinco millones años más tarde. Esto, aunque ha sido realmente positivo para la industria farmacológica, la cual se ha enriquecido con la venta de *ritalin*, medicamento específico para combatir este mal, no lo ha sido tanto para los menores. Aunque hay que significar que, en medicina, no existe ningún dato sólido que pruebe que el TFAH sea debido a un trastorno cerebral determinado (Marinoff, 2006).

En torno al trastorno opositor desafiante se nos comenta que el mismo viene definido por la presencia de un comportamiento marcadamente desafiante, desobediente y provocador y la ausencia de otros actos disociales o agresivos más graves que violen la ley y los derechos de los demás. Suele darse en niños de entre 9 y 10 años y los mismos tienden a oponerse activamente a las peticiones o reglas de los adultos y molestan deliberadamente a otras personas.

Las ciencias dedicadas al estudio del joven problemático, sobre todo la psiquiatría y la psicología clínica, versan sus diagnósticos y predicciones a través de fuentes que la comunidad científica establece como verdaderas e irrefutables, de tal guisa que si un menor es diagnosticado con un "trastorno desafiante", se comenzarán a activar una retahíla de recursos en aras de paliar dicho trastorno. Frecuentemente, tras todas estas intervenciones, la conducta del chico no habrá sufrido "mejoras" considerables o puede incluso que haya empeorado, paradójicamente la mayoría de estos profesionales habrán ido informando sobre el fin satisfactorio de su trabajo.

Los menores con conductas disruptivas están acostumbrados, en su gran mayoría, a ser tratados psiquiátricamente y psicológicamente con diferentes recursos de especialistas que les dan a entender que son personas problemáticas, que tienen que ser tratadas para intentar erradicar sus conductas antisociales. La culminación de este proceso suele darse a través de los diagnósticos emitidos hacia los mismos, que reafirman en los menores sus pensamientos sobre el hecho de que son "chicos malos" y dichos diagnósticos les "ayudan" a seguir actuando o incluso agudizando las conductas por las que habían acudido a estos servicios terapéuticos. Hay que recordar que el diagnóstico, de una u otra manera, provoca un estigma social que influye en la consideración que el menor tiene sobre si mismo y en cómo los demás lo ven a partir de ese diagnóstico.

Frecuentemente, en los diversos ámbitos socioeducativos "molestan" aquellos niños que no cumplen las expectativas sobre las normas de convivencia y se aduce a que distraen a los otros, no permiten continuar la correcta marcha de las sesiones, clases... pero en pocas ocasiones se suelen poner en juego estrategias que ayuden a crear un plano de intervención donde el objetivo no sea que los menores se adapten a la estructura de un determinado ámbito de manera sumisa, sino a que luchen y se esfuercen por verse a si mismos como personas capaces de dirigir sus vidas y de zafarse de posibles "etiquetas estigmatizadoras". El problema no suele ser el menor en si, sino la concepción que se tiene sobre el menor y la concepción que entre todos los profesionales consiguen que el menor tenga sobre si mismo.

Casi un siglo después, con una alarma creciente sobre los niños problemáticos, los programas por incluirlos dentro o fuera de la escuela, la supuesta relación entre comportamiento antisocial y trastorno mental, el aumento en el uso de los medicamentos, y la gran cantidad de bibliografía popular y académica, los niños problemáticos continúan siendo una preocupación, y no podemos preguntarnos sí, pese al cambio de

clasificaciones ofrecido por las prácticas de diagnóstico, se siguen viendo como un palo en la rueda de la maquinaria educativa (Harwood, 2009).

En gran parte, todo está mediatizado por quienes tienen el poder de concluir “verdades” para que a partir de ahí, se diagnostique a los menores y éstos, en su concepción de persona, hagan suyo dichos diagnósticos, con unas repercusiones, en no pocas ocasiones, devastadoras para su desenvolvimiento presente y futuro a nivel social.

Resulta curioso que se diagnostique con diversos trastornos mentales a muchos de estos menores, y que estos diagnósticos tomen el cariz de “irrefutables”, cuando la definición de trastorno mental no está definida claramente ni en el DSM-IV en donde se recoge que “a pesar de que este manual proporciona una clasificación de los trastornos mentales, debe admitirse que no existe una definición que especifique adecuadamente los límites del concepto *trastorno mental*”. Así pues, resulta desconcertante que a las personas se les diagnostique un trastorno mental, como el trastorno de la conducta, aun cuando no está nada claro qué es un trastorno mental (Harwood, 2009).

Es esa misma idea de evolución, en donde todas las prácticas son validadas para conseguir un objetivo de progreso, en donde se incide en el error, ya que no todos los menores catalogados con el mismo trastorno reaccionan de la misma manera ante diversos estímulos familiares, sociales, educativos... No pudiendo existir un cuestionamiento real que haga desistir o cuestionar ciertas prácticas consideradas científicas, por el simple hecho de que quienes realizan dichos diagnósticos poseen reputación social y poder, estando legitimadas todas sus acciones por instancias políticas, jurídicas, sociales...

Desde estas instancias de poder, poco o nada que ver tienen los entornos en donde el menor gesta su “patología” y poco o nada tienen que ver los esquemas y sistema capitalistas en donde se han ido conformando como personas, en donde el individualismo exacerbado, la negación de la toma de decisiones, el consumismo radicalizado, la dictadura de los *mass media*... configuran un caldo de cultivo que queramos o no, “atrapan” de una u otra manera al menor, cerrándole diversas posibilidades de salida y dejándole entreabiertas otras tantas que a lo mejor no son las más recomendables para su desarrollo vital.

## Bibliografía

- AA.VV. (2004): Trastornos del comportamiento en niños y adolescentes. Madrid: Fundación MAFRE Medicina.
- EAGLETON, T. (2005): Después de la teoría. Barcelona, Debate.
- HARWOOD, V. (2009): El diagnóstico de los niños y adolescentes problemáticos. Una crítica a los discursos sobre los trastornos de la conducta. Madrid: Morata.
- LALUEZA, J. L. y CRESPO, I. (2003): Adolescencia y relaciones familiares. En A. Perinat (Comp.). Adolescentes del siglo XXI. Aproximación psicológica y social. Barcelona: EDIUOC.
- MARINOFF, L. (2006): Más Platón y menos Prozac. Barcelona: Zeta.
- MORAL, M. V. y OVEJERO, B. (2004): “Jóvenes, globalización y postmodernidad: crisis de la adolescencia social en una sociedad adolescente en crisis”. Papeles del Psicólogo nº 87.